

La orden hospitalaria de San Antonio en Navarra

RICARDO OLLAQUINDIA

El cuento del clavo, la herradura, el caballo, el caballero y la batalla se utiliza para mostrar que una pequeña pérdida puede acarrear un gran desastre. Pero el procedimiento vale para demostrar lo contrario: un pequeño hallazgo puede conducir a un gran descubrimiento. Esto sucedió en la historia que voy a relatar.

Estaba en el Camino de Santiago, acercándome a Castrojeriz. Al pasar junto a las ruinas de San Antón, alcé la vista al rosetón de la fachada sin techumbre, joya gótica que mantiene en alto el emblema misterioso de la orden antoniana. Un kilómetro más adelante se halla el monasterio de Santa Clara.

El zaguán olía a repostería. En las paredes había vitrinas con cajas de pastas elaboradas por las monjas, estampas y folletos píos, bolsitas de plástico con taus de madera... Una voz salida del torno, ante el interés mostrado por aquellos objetos, nos invitó a subir al locutorio. Allí, tras el enrejado de la clausura, una hermana clarisa, al enterarse de nuestra procedencia, nos dijo:

—Ustedes, de Navarra, ¿vienen aquí a descubrir la Tau y su significado? ¡Pero si la tienen en Olite, en la casa de nuestras hermanas...!

Antonianos en Olite.

El actual convento de clarisas fue antiguamente hospital de San Antonio. Las clarisas, cuando en 1794 tuvieron que abandonar el monasterio pamplo-nés de Santa Engracia, después de alojarse provisionalmente en varios lugares (Tudela, Villava) se instalaron de forma definitiva, en 1804, en “la Casa que fue de la Orden de San Antonio Abad de la ciudad de Olite”.

Esta casa había quedado vacía unos diez años antes. Sus moradores de siglos desaparecieron por la vía canónica. Los últimos religiosos antonianos fueron exclaustrosados en 1791, dando cumplimiento a la extinción de la orden decretada por una bula pontificia.

Fue una suerte para el edificio el nuevo destino que se le dio. Sin pasar tiempo de abandono, sin convertirse en explotación agrícola de propiedad

privada, sólo hubo un cambio de comunidades religiosas. En el intermedio se hicieron las reformas necesarias para el acomodo de las nuevas residentes. Se modificó la zona conventual y la iglesia. En ésta, el retablo. Cambiaron de lugar algunas imágenes: las de San Antonio Abad y San Pablo el Ermitaño pasaron a la parte alta, dejando el cuerpo central para Santa Clara, Santa Engracia y San Francisco de Asís.

Pero se conservó lo principal, el complejo monástico y la señal de identidad: la Tau, que figura en el escudo de la fachada, el de la casa real navarra de los Evreux, y en un escudo del retablo, el imperial de Maximiliano con el águila bicéfala. Se halla también en imágenes del santo patrono, en el dintel de la puerta conventual, en muebles y techos de la sacristía, en dependencias del interior.

El escudo de la fachada es un indicativo de su consolidación. La investigación histórica trata de fijar el origen en tiempos de Teobaldo II. Lorenzo García Echevoyen, al hacer el inventario del archivo parroquial de San Pedro, encontró un documento de 1274, en el que figuraba Miguel Périz como “Comendador de San Antonio de Olite”. En 1274 estaba ya constituida la encomienda.

El P. Lucas Ariceta relata la llegada de los antonianos en estos términos: “Mediados del siglo XIII. Llegan los religiosos antonianos a Olite. Buscan un terreno adecuado para su fundación. Escogen el sur de la villa, junto a la vía romana, fuera del cerco amurallado; con fácil acceso, fácil encuentro. Terreno amplio: más de una hectárea. Levantan desde el principio una casa espaciosa: más tarde añadirán otras edificaciones. La casa es de doble planta; cada una rebasará los 2.400 metros cuadrados. Sitúan en la primera un amplio vestíbulo, cocina, comedores, lavaderos, botiquín, zapatería... Dos patios con sus pozos... Algunas habitaciones. La segunda planta está destinada principalmente a dormitorios. Tiene también graneros, pajar, despensas”.

El emblema imperial del águila bicéfala con la Tau en el centro, que se halla en la parte central y baja del retablo, fue un privilegio concedido por el emperador Maximiliano I en 1502 a la orden hospitalaria. El texto del diploma decía en resumen lo siguiente:

“Maximiliano, por la divina clemencia señor del Santo Imperio, considerando que nuestros predecesores han colmado de beneficios a la Religión de San Antonio para la fundación y sostenimiento de numerosas preceptorías de la Orden, queremos honrarla con el escudo de armas, con el que pueda distinguirse entre todas las otras órdenes cristianas, y por tanto decretamos que en adelante la Orden de San Antonio porte el escudo y los emblemas a continuación descritos:

Un escudo de oro con el águila de dos cabezas extendida de sable, rodeado el cuello de una corona de oro y de un collar de lo mismo, del cual pende un escudo, igualmente de oro, con una Tau de azul.

Dado en nuestra ciudad de Innsbruck, a 3 de enero del año del Señor 1502” (Figura 1).

El escudo tallado de la iglesia de Olite no tiene todos los detalles anteriormente descritos, pero sí los principales. Tiene el añadido de un medallón con las Cinco Llagas, que se pondría posteriormente.

FUNDACIÓN DE LA ORDEN

La Orden Hospitalaria de San Antonio apareció en un momento histórico caracterizado por un resurgimiento del espíritu religioso. El nacimiento de la orden está relacionado con varios fenómenos colectivos producidos en el siglo XI: devoción a las reliquias, incremento de las peregrinaciones, una enfermedad llamada “fuego sagrado” o “mal de ardientes”.

Hacia 1070, las reliquias de San Antonio Abad, procedentes de Oriente, llegaron a un lugar del delfinado francés, cercano a Vienne, denominado entonces la-Motte-aux-Bois y ahora Saint-Antoine-l'Abbaye. Llegaron privadamente, en el equipaje de un caballero, de nombre Geilin o Jocelyn, que había ido como cruzado a Bizancio a luchar contra los turcos. Allí las recibió como regalo del emperador Román IV, en reconocimiento y gratitud por los servicios militares prestados. Las reliquias fueron depositadas en una iglesia que pertenecía al monasterio benedictino de Montmajour.

Entre 1085 y 1095 una terrible epidemia asoló vastas regiones de Europa central. Era una enfermedad misteriosa. Tomada como un castigo de Dios y descrita por sus síntomas más hirientes, fue llamada “ignis sacer”. La facultad de medicina de Marburg (Alemania) la definió como un ergotismo gangrenoso, una intoxicación producida por la ingestión de harinas que contenían el cornezuelo del centeno.

Los afectados por aquella espantosa enfermedad, sin asistencia de instituciones públicas, se dirigían a monasterios y santuarios para implorar la curación a los santos tenidos como sanadores, entre los que se hallaba San Antonio, el eremita del siglo IV y padre de los monjes orientales.

Ante la llegada masiva de enfermos a la iglesia donde se veneraban las reliquias de San Antonio Abad, se creó una fraternidad de laicos, dedicada a atenderles. Tenían conocimientos médicos y corazón caritativo. Al principio fueron unos pocos: Gastón, el fundador, su hijo Guérin y ocho compañeros. Junto a la iglesia de las reliquias, habilitaron una casa-hospital que se llamó “casa de los pobres”. A los enfermeros les llamaban “hermanos de los pobres” o “de la limosna”.

La pequeña comunidad desarrolló su labor asistencial con asombrosa eficacia. Al poco tiempo lograron establecer un gran hospital que se llamó “de los Desmembrados”, porque en él se realizaban operaciones quirúrgicas. Las curaciones se conseguían gracias a la intercesión del santo y a la terapéutica de los hermanos.

Los antonianos conocían la técnica de la cirugía. La amputación de piernas y brazos era el remedio más eficaz para evitar la gangrena. Hubo un cirujano, de apellido Barthomé (1367-1401), que dejó notas escritas sobre su actividad quirúrgica. Relataba en ellas cómo se hacía la amputación de piernas y qué brebaje se daba a los pacientes para anestesiarles.

La operación, según se ve en grabados de la época, se denominaba “se-ratura”. El paciente estaba sentado en una silla y era sujetado a ella por los ayudantes. Le ponían un velo sobre el rostro. Le daban un preparado de opio, “morelle”, “jusquiamé” y mandrágora, bien líquido, muy fuerte. Son plantas con propiedades narcóticas. Le ponían en la boca una esponja humedecida en agua con vinagre y un trozo de cuero para que apretase los dientes. Cuan-

do perdía el conocimiento, el cirujano cogía la sierra que estaba en el brase-ro.

Las operaciones quirúrgicas y los tratamientos terapéuticos se complementaban con otros remedios, a base hierbas medicinales, y con un régimen de alimentación sana: buen pan, elaborado con harina no contaminada, buen vino, a poder ser de la “santa viña”, y buena carne de cerdo, de los famosos “cerdos de San Antonio”.

El prestigio creciente y la rápida expansión de la fraternidad antoniana se debió en gran parte a la eficacia de sus prestaciones médicas. Antes de cumplirse el primer siglo de su fundación, ya contaban con más de cien casas-hospitales, establecidos en Francia, Países Bajos, Inglaterra, Alemania, Austria, Hungría, Grecia, Italia y España.

En un principio la fraternidad dependió económica y religiosamente del monasterio de Montmajour. Le costó tiempo y tesón independizarse de él, más que nada porque los benedictinos no querían perder la fuente de ingresos que suponía la donación de limosnas y la afluencia de peregrinos.

Al cabo de muchos conflictos y trámites eclesiásticos, la fraternidad se constituyó en orden hospitalaria de San Antonio. La “casa de los pobres” se convirtió en abadía. Los “hermanos de la limosna”, en canónigos regulares de San Agustín. Una bula de Bonifacio VIII, de 10 de junio de 1297, expresaba en los estatutos de la nueva orden las principales obligaciones de los antonianos: curar enfermos de “fuego sacro” y llevar en los hábitos negros el signo de la Tau.

ENCOMIENDA DE OLITE

Aquende los Pirineos, la orden estableció dos encomiendas generales: en Castrojeriz y en Olite. La primera, en tierra burgalesa, fundada por el rey castellano Alfonso VII. La segunda, en nuestro reino, nacida con los Teobaldos y fortalecida por los Evreux.

Un documento de la orden, fechado en 1478, ofrece la relación de las encomiendas dependientes del Gran Hospital en aquel tiempo, con el detalle de las casas que a ellas se subordinaban y el número de religiosos que las habitaban. Por lo que a nosotros interesa y poniendo los números entre paréntesis, dice lo siguiente:

“España – Castrojeriz (8). Casas subordinadas: Salamanca (1), Toro (1), Atienza (1), Segovia (1), Toledo (1), Cuenca (1), Ciudad Real (1), Cadalso de los Vidrios (1), Córdoba (1), Sevilla (1) y Benespera (1) en Portugal.

Navarra – Olite (6). Casas subordinadas: Tudela (-), Zaragoza (3), Lérida (2), Cervera (3), Tárrega (-), Valls (1), Barcelona (-), Palma de Mallorca (3) y Perpignan (4)” (Figura 2).

El pequeño número de religiosos asignados a cada casa se explica por la peculiar organización antoniana de la asistencia hospitalaria y del personal de trabajo. Las casas-hospitales podían atender a muchos peregrinos y pobres de paso, pero tenían pocas camas para enfermos que necesitasen largos cuidados. Por término medio, unas diez. El Hospital de los Desmembrados pudo tener unas doscientas. Por otra parte, los religiosos se dedicaban a la dirección administrativa y médica, disponiendo de personas a sueldo o voluntarias, para trabajos auxiliares de la casa, la huerta o el ganado. El panorama be-

néfico-social de los antonianos se contempla en toda su magnitud cuando se piensa que, a finales del siglo XV, tuvieron abiertos más de 370 hospitales en Europa.

Según un estudio del franciscano P. Lucas Ariceta, la encomienda olitense llegó a tener 14 casas-hospitales: Olite, Pamplona y Tudela en Navarra; Zaragoza, Huesca y Calatayud en Aragón; Valencia y Orihuela en Levante; Barcelona, Lérida, Cervera, Tárrega y Valls en Cataluña, y Palma de Mallorca en las Baleares.

Los servicios asistenciales a pobres y peregrinos en Olite eran los acostumbrados en los hospitales de la orden. El hermano portero recibía amablemente a los que llegaban. Además de la lengua propia, sabía alguna extranjera. Llegaban forasteros, franceses, italianos, irlandeses, a visitar la ermita de Santa Brígida. El primer servicio consistía en ofrecerles agua, caliente en invierno. Agua para los pies, mezclada con sal y vinagre, para el aseo personal y para el lavado de ropas. Había dos pozos en los patios interiores y otro mayor en la huerta.

El hermano enfermero tenía la botica bien surtida de drogas y hierbas para preparar medicamentos. Se invocaba a San Antonio. Se rezaba en la iglesia ante las imágenes de San Cosme y San Damián. Para curar heridas en los pies de los peregrinos, aplicaban un ungüento hecho con hierbas medicinales: parietaria, artemisa e hipérico, recogidas por San Juan y maceradas en aceite.

El hermano cocinero procuraba tener abastecida la despensa y ofrecía a los huéspedes una comida sana, a base de pan, vino, queso, carne algunos días de la semana, legumbres, verduras y frutas de la huerta. Dejaba en la alacena del exterior, excavada en el muro de la iglesia, algún alimento y bebida para el que llegaba de noche, cuando la puerta estaba cerrada.

UNA ORDEN SIN IMAGEN EN LA HISTORIA

La orden hospitalaria de San Antonio no existe en España como entidad histórica. No hay libros sobre ella. La documentación, que debía servir de base para investigaciones y escritos, desapareció. Don Ignacio Armisén, que fue comendador de Tudela, denunciaba en 1773 “la falta de muchísimos papeles en todas las Casas, debida, según tradición constante y uniforme antigua, a haberlos llevado los religiosos franceses, o quemado, al tiempo de separarse de la Congregación de estos Reinos de España”. Esto ocurrió en el reinado de Felipe II, que consiguió de Roma apartar a los superiores extranjeros de la dirección de las comunidades religiosas en España.

En cuanto a Francia, los historiadores afirman que los archivos centrales de la orden sufrieron un incendio en 1422 y posteriormente en 1567 los documentos guardados fueron destruidos por los hugonotes para eliminar pruebas de sus títulos de propiedad.

Se tienen noticias sueltas, recogidas en archivos locales, parroquiales o diocesanos. Son como pequeños detalles de una imagen perdida y como datos aislados de una realidad reencontrada.

En la *Historia de los Obispos de Pamplona* de José Goñi Gaztambide se lee que el obispo Arnalt de Barbazán, por una disposición de 1354, “elevó a

fiesta de nueve lecciones la de San Antón de Vienne”, celebrada el 17 de enero.

En otro capítulo de la *Historia*, dedicado al obispo Martín de Peralta el Viejo, se relata el siguiente episodio: El papa Calixto III, mediante la bula “Religionis zelus” de 31 diciembre 1456, nombró preceptor de la casa de Olite, de la orden de San Antón de Viena, a Fernando de Baquedano, amigo de Juan I; pero Olite era una villa fuertemente adicta al Príncipe de Viana, que se había criado en ella desde la infancia y en ella había instalado su corte, cuando gobernó el reino. Ante esta circunstancia, Calixto III revocó la concesión y despachó un nuevo nombramiento a favor de Juan de Santa Marta, presbítero tarazonés, en atención al rey Alfonso V de Aragón y al Príncipe de Viana.

En el *Catálogo del Archivo Diocesano de Pamplona*, preparado por José Luis Sales Tirapu e Isidoro Ursúa Irigoyen, en la Sección de Procesos, se transcribe lo siguiente:

“Olite, 1360. El Sr. Fiscal, junto con el General de la Orden de San Antonio de Olite, contra los vicarios y cabildos de San Pedro y Santa María, así como contra el Regimiento de la villa. Los demandados tenían costumbre y uso inmemorial de asistir a las primeras vísperas y Misa del Señor San Antonio. En esta ocasión el General les avisó que no fueran, según una sentencia anterior; pero ellos fueron a las vísperas y, encontrando la puerta cerrada, atropellaron a un fraile y la descerrajaron; interrumpieron el coro de los frailes y cantaron sus propias vísperas; todo ello en medio de gran alboroto y destrozo. Copiosos testigos de culpa y disculpa”.

El P. Lucas Ariceta cuenta que los ganaderos de Olite se agruparon en hermandad, poniendo todo su ganado caballar, lanar, vacuno y porcino bajo la protección de San Antonio Abad. Las ordenanzas de la mesta comenzaban de esta forma: “En la villa de Olite, a 22 del mes de julio del año 1572, juntados los señores ganaderos y leídas todas estas ordenanzas contenidas en este libro, las cuales son 34, las juraron en Señor San Antón, conforme a la orden del juramento en este libro contenido y los que sabían escribir firmaron”.

La fórmula de juramento que hacían los ganaderos de la hermandad, en la iglesia de San Antonio de Olite, era del tenor siguiente:

“Que juro a Dios y a esta T y a los cuatro Santos Evangelios y a las reliquias del Señor San Antón, por mí manualmente tocados y reverencialmente adorados, de guardar y observar todas las ordenanzas que hasta aquí están hechas por los ganaderos y de aquí en adelante se harán, y que ninguna de ellas contravendré, jus pena en ellas contenida”.

María Dolores Martínez Arce, en un estudio sobre *Problemas de ceremonial en el siglo XVII*, tratando de las actuaciones del Consejo Real de Navarra para que se cumplieran las leyes del reino y en particular la que disponía que ningún no navarro recibiera beneficios o mercedes que no le correspondían, anota a pie de página que el alto tribunal pidió en 1674 la anulación de una bula despachada por Su Santidad, en la que hacía gracia a un natural del reino de Mallorca, preceptor de San Antonio de Olite, con cierta pensión. Recordemos que en Palma de Mallorca se fundó en 1300 una casa-hospital de San Antonio, como filial dependiente de la preceptoría de Olite.

Marcelo Núñez de Cepeda relataba en *La Beneficencia en Navarra* un curioso incidente ocurrido entre religiosos de distintas órdenes. Se refería a las cuestaciones. Los antonianos de Olite tenían licencias para pedir de todo y en todo lugar; no sólo en Navarra, sino también en Castilla y en Aragón. Recogían cereales, legumbres, huevos, quesos, aceite, vino, etc. Recorrían los pueblos. Se acercaban a las casas y a las eras. Iban con un carro, tirado por un macho que llevaba, colgado del cuello, una especie de estandarte con campanillos. El estandarte mostraba la cruz de San Antón, la Tau, en azul sobre fondo negro.

En 1704 tuvieron los antonianos un pleito en el tribunal eclesiástico de Pamplona. Ocurrió que los demandaderos del hospital de Montserrat habían comenzado a pedir por pueblos navarros con campanillos. Los antonianos protestaron, alegando que el uso del campanillo era un distintivo exclusivo de ellos, como se probaba por las bulas pontificias. Los catalanes replicaron que ellos no llevaban campanillos, sino cascabeles. No les valió la sutileza verbal. El tribunal eclesiástico reconoció el uso privativo de los antonianos de Olite en lo tocante a campanillos.

CASAS DEPENDIENTES DE OLITE

En Pamplona hubo un convento de San Antón. Su recuerdo perdura en el nombre de la calle donde estuvo ubicado. Se le contempla en la lejanía de la historia. Existía ya en 1357. José Joaquín Arazuri, en *Pamplona. Calles y Barrios*, lo ve como un campo de peleas entre los del burgo de San Cernin y la Población de San Nicolás que se disputaban la posesión de la iglesia.

Marcelo Núñez de Cepeda lo presenta como el lugar donde se celebraba “la antigua fiesta de San Antón en Pamplona”, junto a la ermita dedicada al santo eremita de Egipto que hubo entre los árboles que poblaban el terreno ocupado hoy por la ciudadela y donde, “pasados algunos siglos, se cobijó una Comunidad de Religiosos llamados Antonianos, que tenían en Olite la Casa Generalicia”.

Juan José Martinena lo contempla en el último acto de su vida, cuando desapareció del decorado urbano para montar otra escena. En su libro sobre la ciudadela de Pamplona expone que, antes de comenzar la construcción, se tuvo que resolver el complicado asunto de las expropiaciones y “fue menester ocupar y tomar, como se ocuparon y tomaron, muchas heredades, güertas con sus norias y también las iglesias de San Lázaro y San Antón, con sus casas y heredades”. A la orden de San Antón se le indemnizó con 2.225 ducados. Esto sucedía en 1571.

En Tudela hubo también convento de San Antón, convento e iglesia, en la calle que, partiendo de la Plaza Vieja, va hacia la de Caldereros. Julio Segura Moneo ha publicado un estudio histórico en la *Revista del Centro de Estudios Merindad de Tudela* en 1997. En él se recogen noticias encontradas en archivos y documentos que se remontan a 1383; nombres de comendadores de la casa-hospicio desde 1516, Miguel de Corella, hasta 1762, Lorenzo Belenguer, y las reformas realizadas en los edificios hasta la fecha del escrito.

Se mencionó a los antonianos de Tudela en un relato del viaje de Felipe II a Navarra en noviembre de 1592, hecho por Jehan Lhermite, un belga que for-

maba parte de la comitiva. Después de señalar lo más sobresaliente de la ciudad: el puente, el río, la mejana y la catedral, escribió: “De conventos hay los de San Francisco, Santo Domingo, Carmelitas, Jesuitas y otro de los Comendadores de San Antón, que llevan sobre el pecho una cruz rota o, por mejor decir, una Tau en azul”.

En el coro de la parroquia de Valtierra se conserva parte de la sillería que perteneció a la sala capitular del monasterio de San Antón de Olite. Uno de los asientos tiene en el respaldo el escudo de Tudela. Correspondía al comendador de la casa tudelana.

En Lérida, en la parte vieja, está el “Carrer Sant-Antoni”. En la calle, colgado de lado a lado, a la altura de los altos balcones, hay un escudo de factura moderna, transparencia y colorido de vidriera, con una tau grande sobre un castillo bitorreado. Ese escudo se halla esculpido en la piedra clave de la portada de la antigua iglesia de San Antón, ahora parroquia.

En Valls, como en otras muchas localidades, el paso de los religiosos antonianos ha dejado la huella de la devoción al santo abad y la celebración de las populares fiestas de San Antón, con protagonismo de los animales protegidos por el patrono.

En Palma de Mallorca, una placa, colocada en la pared de un moderno edificio reconstruido, recuerda el pasado. En ella se lee: “Este claustro, anexo a la iglesia y ex-hospital de Sant Antoni para enfermos de ‘mal de foc’, construido por Lucas Mesquida y Rosselló, fue bendecido en noviembre de 1768 y restaurado por su actual propietario, el Banco de Bilbao – 1979”.

En Valencia hubo casa-hospital de San Antonio con iglesia majestuosa, dependiente de Olite. Estaba en el Camino de Tránsitos, a la entrada y salida de la ciudad por el norte. Los antonianos se instalaron allí en 1333. El hospital atendió a muchos enfermos del “foc sacre” durante la peste que azotó a la población valenciana en largos períodos del siglo XV.

La iglesia, de estilo gótico languedociano, se construyó entre 1467 y 1492. Después de la supresión de la orden antoniana, a finales del XVIII, fue reformada, encajando en su interior con gran habilidad técnica un templo de estilo neoclásico, según proyecto de un fraile jerónimo arquitecto (fray Francisco de Santa Bárbara en religión y Francisco Aldaz en el mundo), aragonés él, pero hijo de un médico navarro, de Lizaso, Juan Antonio Aldaz, que ejerció de maestro cirujano en Daroca.

La iglesia actual, neoclásica y barroca, no revela el tesoro de arte escondido en una cámara oculta. Bajo la primitiva cubierta gótica, en un lugar de difícil acceso, se conservan modillones mudéjares y pinturas de escudos con la Tau, el distintivo de la orden de San Antonio (Figura 3). Han sido estudiadas por un navarro, Alfonso Eslava Castillo, y presentadas como prueba de doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, en 1976, con el título “Resultados de una investigación directa en la Iglesia de San Antonio Abad de Valencia”.

SUPRESIÓN DE LA ORDEN

En España, la orden de San Antonio fue extinguida mediante bula del papa Pío VI, de fecha 24 de agosto de 1787, a petición del rey Carlos III. Por ella

los religiosos antonianos quedaban reducidos al estado secular y la orden era privada de las iglesias, casas, bienes y derechos.

La bula fue publicada oficialmente en el convento de Olite, el 25 de mayo de 1791, por el párroco de San Pedro, Manuel Landíbar, delegado por el obispo de Pamplona y en presencia de dos escribanos, a los dos religiosos que se hallaban en la casa: el sacerdote Pedro Martínez de Lazcano y el lego Bernardo Buñuel, quedando ambos secularizados sin las insignias de la orden.

En el convento de Tudela, se comunicó la disposición pontificia a tres religiosos: Manuel Fernández, presbítero y comendador, y dos legos, Pedro Martínez e Isidro Pérez.

La orden antoniana tuvo un triste final. Comenzó el declive cuando desapareció la causa de su existencia: la enfermedad del “fuego sagrado”. No buscó nuevos objetivos. El cisma de Occidente vino a agravar la situación, provocando desgarros internos y separaciones entre encomiendas. Pasó los últimos años en penuria económica y languidez religiosa.

Desapareció la orden, pero no San Antonio, que sigue dando vida a la fiesta popular y dando sentido a los signos que rodean su figura: la tau, el campanillo, el cerdo, el fuego (Figura 4).

LOS CERDOS DE SAN ANTONIO

Los santos, en sus imágenes, suelen tener signos externos que los identifican. Algunos son conocidos por los animales que les acompañan: un perro, San Roque; un lobo, San Francisco de Asís; unos bueyes, San Isidro Labrador; un caballo, San Martín; un cerdo, San Antón.

El cerdo está a los pies de San Antonio Abad como ser real y como figura simbólica. Representa a los animales de su especie y a las ideas con él relacionadas. Admite varias interpretaciones. Una de ellas coloca al personaje entre los santos sanadores veterinarios. En su hagiografía se cuenta que una vez curó a un cerdo salvaje y éste, agradecido, permaneció para siempre a su lado.

Una versión del episodio, relatada por José María Iribarren en su libro *De Pascuas a Ramos*, decía que no era un cerdo, sino una jabalina. “Una jabalina, viendo atacados de ceguera a todos sus hijos, corrió instintivamente a los pies de San Antonio, suplicándole, a su manera, que se compadeciera de ellos. Gracias al santo recobraron la vista los jabatos, y la madre, llena de gratitud, no quiso separarse de él”.

La acción taumatúrgica veterinaria aparece también en la vida de otros santos llamados eremitas, que se retiraron a los desiertos para hacer oración y penitencia entre los animales salvajes de la naturaleza. San Jerónimo curó a un león herido. San Gil protegió a una cierva acosada. San Blas cuidaba las gargantas de aves canoras antes de hacer el milagro con una niña que le consagró como protolaringólogo.

Antonio, eremita en la Tébaida, vive rodeado de animales que le prestan sus servicios en momentos determinados. Cuando se encuentra en una cueva con Pablo el Ermitaño, un cuervo les lleva el pan de cada día. Cuando muere el maestro de las soledades, dos leones le ayudan a sepultarle. Los ani-

males del desierto, leones, leopardos, camellos, caballos, cuervos..., están representados en el cerdo que figura a los pies de San Antonio Abad.

Con este acompañamiento del reino animal y la caracterización de tau-maturgo veterinario, entró fácilmente San Antonio en la escena de la devoción popular. Se le nombró patrono. Se le veneró como protector de los animales llamados domésticos, porque vivían en casa con los amos y trabajaban para la misma.

Una visión natural de lo sobrenatural ayuda a comprender muchas costumbres populares que configuraban la fiesta de San Antón: en Baztán, la de dar doble ración de pienso a los animales y no hacerles trabajar; en Urraúl Alto, la de pasar la dula y el rebaño bajo una estola sujeta al atrio de la iglesia y a un árbol, recibiendo la bendición del sacerdote; en Fitero, la de celebrar la Ronda de los Sanantones, que consistía, según recordaba Manuel García Sesma, en que “los mozos del pueblo, montados en bestias de todas clases –caballos, machos, mulos, yeguas, burros y burras– se dirigían a galope tendido hacia una imagen del santo abad, formando corros ante ella. Comían nueces, echaban un trago de vino de la bota y gritaban: San Antón, guárdame el caballo para otro año” (el caballo o el macho o la burra, según cada caso).

Otra interpretación de la imaginería de San Antonio Abad, basada en alegorías y metáforas, ve en el cerdo al demonio que le tentó en el desierto durante años. Esta idea fue desarrollada en tratados por ascetas y por pintores en cuadros. La imaginación de unos y la retórica de otros lograron obras modélicas en sus respectivos géneros. Se apoyaban en relatos de hagiógrafos que describían cómo el demonio, para tentarle, se le presentaba en figuras espantables de monstruos, dragones y engendros horribles, llegando en una ocasión a lanzar contra él una piara de puercos que gruñían espantosamente.

Los imagineros no siguieron este modelo al hacer las figuras de San Antón para las iglesias. El cerdo que ponían a sus pies no provocaba tentaciones ni inspiraba temores. Es la imagen realista del animal doméstico que tanta importancia ha tenido en la vida, la dieta y la economía de familias y pueblos.

Entre los cerdos que acompañan al santo abad, hay algunos que llevan un campanillo colgado del cuello. El campanillo es un símbolo que tiene un significado. Pendiente del cuello del cerdo, como una pequeña esquila, pregonaba con su tintineo que tenía permiso de la autoridad para ser alimentado y engordado por la comunidad. Esto hace referencia a un proceso productivo de gran rendimiento económico que idearon y pusieron en práctica los antonianos en la extensa red de sus establecimientos.

Los hospitales tenían que almacenar alimentos en buenas condiciones y durante largo tiempo: cereales en los graneros, vino en las bodegas, salazones en las tinajas. Si se quería disponer de carne fresca, se mantenía en vivo: aves en el corral, terneros en el establo, cerdos en la cochiguera.

Pero costaba criarlos. Costaba un dinero que debía salir de los ingresos destinados al mantenimiento de los enfermos. Para salvar este gasto, se ideó un procedimiento que llegó a ser una institución aprobada por las autoridades eclesiásticas y civiles.

El procedimiento era el siguiente: los bienhechores de un hospital donaban cerdicos, cochinitillos o gorrines. Los monjes antonianos les colgaban un campanillo al cuello y los dejaban sueltos por las calles de los pueblos para

que los vecinos los alimentaran con las sobras de las comidas. De esa forma cumplían con la obligación de hacer limosnas y ganaban indulgencias. Cuando llegaba el tiempo de la matanza, el resultado era muy beneficioso para los pobres, los enfermos, el hospital y la orden.

La salida de “los cerdos de San Antonio” a las calles de los pueblos, en días y horas señalados, con el tintineo significativo de los campanillos, era una cuestación pública, autorizada en algunos lugares y tiempos en exclusiva a los antonianos (Figura 5).

En este sentido se pueden tomar las noticias que tenemos sobre donaciones anuales de cerdos a la casa-hospital de Olite; noticias referentes a los reyes que vivieron en el palacio de la villa: Carlos II el Malo, Carlos III el Noble y su esposa doña Leonor, que fueron patrocinadores del establecimiento y encabezaron las listas de limosnas en dinero y en especie.

El P. Lucas Ariceta escribió a este respecto: “Los antonianos de Olite sacaban también cerdos con campanillos por las calles de la ciudad, para que fueran cebados con los alimentos que les lanzaban los vecinos en las puertas de las casas”.

Extinguida la orden en España por bula pontificia en 1787, siguieron vivas, aunque transformadas, algunas costumbres introducidas por los antonianos. Así se pueden considerar las rifas populares de cutos a beneficio de hospitales, la celebración de la fiesta de San Antón con sorteos de cerdos, en un lugar próximo como Elizondo, o con tiradas de jamones, en otro lejano como Trigueros.

Para que un cerdo se convierta en jamón, tiene que llegar su San Martín, que para alguno es su San Antón. En efecto, en varias localidades navarras de la Montaña es costumbre matar un cerdo días antes del carnaval. Por esas fechas, algunos años, cae San Antón. Concretamente en 1999. El 17 de enero, en Huici, oficiaron el matatxerri en la plaza del pueblo.

La coincidencia o la cercanía de la fiesta de San Antón con los carnavales ha sido objeto de minuciosos estudios. Fue un designio calculado, observando calendarios y tradiciones, el fijarla el 17 de enero. El carnaval contenía restos mítico-rituales de celebraciones que precedieron al cristianismo, como las *Spurcalias*. Las máscaras carnavalescas, representando visiones diabólicas, se encontrarían con la figura del santo abad que les haría frente con el signo de la Tau en el báculo y con el símbolo del cerdo dominado a sus pies.

17 de enero, encrucijada de espíritus y hogueras. La fiesta de San Antón coincide en muchos lugares con la matanza ritual de un cerdo y la preparación de cherripuscas que, pasadas por el fuego, se consumen en carnaval. Y el animal sacrificado, sorprendiendo en el baile de disfraces, hace que su protector, el anacoreta penitente, sea visto como patrono de los charcuteros.

La sencilla imagen de San Antón con el cerdo, comprendida y venerada por el pueblo, se complica en el campo de las disquisiciones, al entrar en juego las ideas y las creencias religiosas, que la colocan entre el mito y la leyenda.

LOS FUEGOS DE SAN ANTONIO

La figura de San Antonio está relacionada con el fuego en varias expresiones: fuego sagrado, mal de ardientes, haz de llamas, hogueras, incendios.

La orden hospitalaria antoniana se fundó para atender y curar a enfermos aquejados por el llamado en latín “*ignis sacer*”. Los efectos de la enfermedad en la piel y en las extremidades de los afectados se describían como quemaduras, producidas por causas misteriosas, atribuidas a castigos de Dios: “fuego sagrado”.

La ciencia médica la diagnosticó como un ergotismo o intoxicación producida por el consumo de harinas y panes que contenían el cornezuelo del centeno, un hongo ascomiceto denominado “*claviceps purpurea*”. La enfermedad tuvo carácter epidémico en largos períodos medievales y afligió a muchísimas personas de extensas comarcas europeas.

Los enfermos acudían a santuarios que exponían reliquias de santos para implorar su curación. Se dirigieron en masa hacia un lugar del delfinado francés, entre Vienne, Grenoble y Valence, en el que hacia 1070 se había depositado el sepulcro de San Antonio Abad y donde se habían producido curaciones milagrosas. Se extendió la creencia de que el santo eremita era, por voluntad de Dios, el único médico que curaba el “fuego sacro”, que a partir de entonces se llamó “fuego de San Antonio”.

Hospitales de los antonianos establecidos en la península ibérica, particularmente los de Olite y Castrojeriz (con denominación de “Navarra” y “España” en los libros de la orden), conocieron y trataron la enfermedad en los peregrinos europeos que hacían el camino a Santiago de Compostela. En ellos encontraban al mismo santo protector, el mismo tratamiento médico que en su tierra y un pan, elaborado con harina de trigo, que eliminaba el cornezuelo del centeno y aseguraba una sana alimentación.

El “fuego sagrado” tuvo una interpretación metafórica, ajena a la medicina. Algunos fogosos predicadores lo relacionaron con el fuego abrasador de la concupiscencia, con la ardorosa lascivia como enfermedad espiritual del alma. Esta comparación retórica resultaba especialmente odiosa cuando se exponía desde el púlpito en una localidad, en la que había hospital con enfermos del “mal de ardientes”.

Un haz de llamas, con cinco o seis lenguas de fuego, como símbolo de la enfermedad y como identificación del santo protector, se halla en imágenes de San Antonio Abad, colocadas en iglesias que jalonan el Camino de Santiago.

De la llama se pasa a la hoguera. Todos los derivados del fuego figuran en el retablo mítico de San Antonio. Se encienden hogueras en su fiesta: hogueras de enero, cercanas al solsticio invernal, combinadas con las de junio para cumplir los ciclos del calendario. Las de San Juan sirven para saltar sobre las brasas y atraer a los buenos espíritus del agua y la vida primaveral. Las de San Antonio, para comer al amor de la lumbre los presentes de la matanza y alejar los malos espíritus que dominan ese tiempo. Para eso está ahí el santo eremita con el bastón rematado en la Tau de la que penden campanillos tintineantes y ahuyentadores.

Hogueras cercanas de Mendavia, Buñuel y Ablitas. Hogueras lejanas de Canals, Orriols y Forcall, en tierras levantinas. Allí se celebra “la Santantoná”, la “Festa Medieval del Foc”. En ella los demonios enmascarados danzan en torno a la hoguera, hasta que sale de una cueva San Antonio Abad, empuñando la señal de la cruz, y los arroja al infierno.

Hogueras de hoy y de ayer, en la noche de los tiempos. El cirujano Barthomé (1367-1401), contratado para trabajar en el Hospital de los Desmembrados que la orden estableció en La-Motte-aux Bois, escribió un diario de sus operaciones quirúrgicas y de sus sentimientos personales. En él contaba cómo, cuando fue a incorporarse al trabajo, en una fiesta de San Antonio, vio el pueblo iluminado por fuegos en las calles, herido con cuchillos que mataban cerdos a las puertas de las casas y ocupado por largas mesas llenas de gentes que comían trozos de carne porcina recién asada, bebían jarros de vino y se solzaban con músicas, después de haber ido a la procesión del santo, detrás de los monjes de hábitos negros, marcados con la tau azul.

Toda expresión de fuego se ha relacionado de alguna manera con la figura de San Antonio. Hasta en la lucha contra los incendios se ha invocado su nombre, como colaborador de los bomberos. Fuego real, figurativo, metafórico y artificial: en Buñuel, en vísperas de su fiesta, se corre el primer toro de fuego.

BIBLIOGRAFÍA

Se citan a continuación algunos títulos de libros y escritos, que han sido consultados y cuya lectura sirve para ampliar el conocimiento sobre el asunto general o puntos particulares tratados en el precedente estudio:

- ARICETA, Lucas, "San Antonio Abad y los Antonianos en Olite", en *Estafeta Jacobea*, Revista de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago en Navarra, Pamplona, marzo-abril, 1996.
- CORPAS MAULEÓN, Juan Ramón, *La enfermedad y el arte de curar en el Camino de Santiago entre los siglos X y XVI*, Xunta de Galicia, Dirección Xeral de Promoción de Camiño de Santiago, Santiago, 1994.
- DARODES, Guy, *Statuts de l'Hôpital des Démembrés de Saint Antoine*, Imprimerie Guirimand, Grenoble, 1991.
- DICCIONARIO de *Historia Eclesiástica de España*, tomo I, "Antonianos", CSIC, Madrid, 1972.
- MISCHLEWSKI, Adalbert, *Un ordre hospitalier au Moyen Âge. Les chanoines réguliers de Saint-Antoine-en-Viennois*, Presses Universitaires de Grenoble, 1995.
- VORREUX, Damien, *Un symbole franciscain, le Tau. Histoire, Théologie et Iconographie*, Editions Franciscaines, Paris, 1977.
- WALTER, Philippe, *Saint Antoine entre mythe et légende*, Université Stendhal, Grenoble, 1996.
- WEBER, Sébastien, *Barthomé (1367-1401). Quelques jours d'un chirurgien de l'abbaye de Saint-Antoine en Viennois*, Les Nuits Médiévales, Saint-Antoine l'Abbaye, 1996.



Figura 1. Escudo de la orden de San Antonio, concedido por Maximiliano I

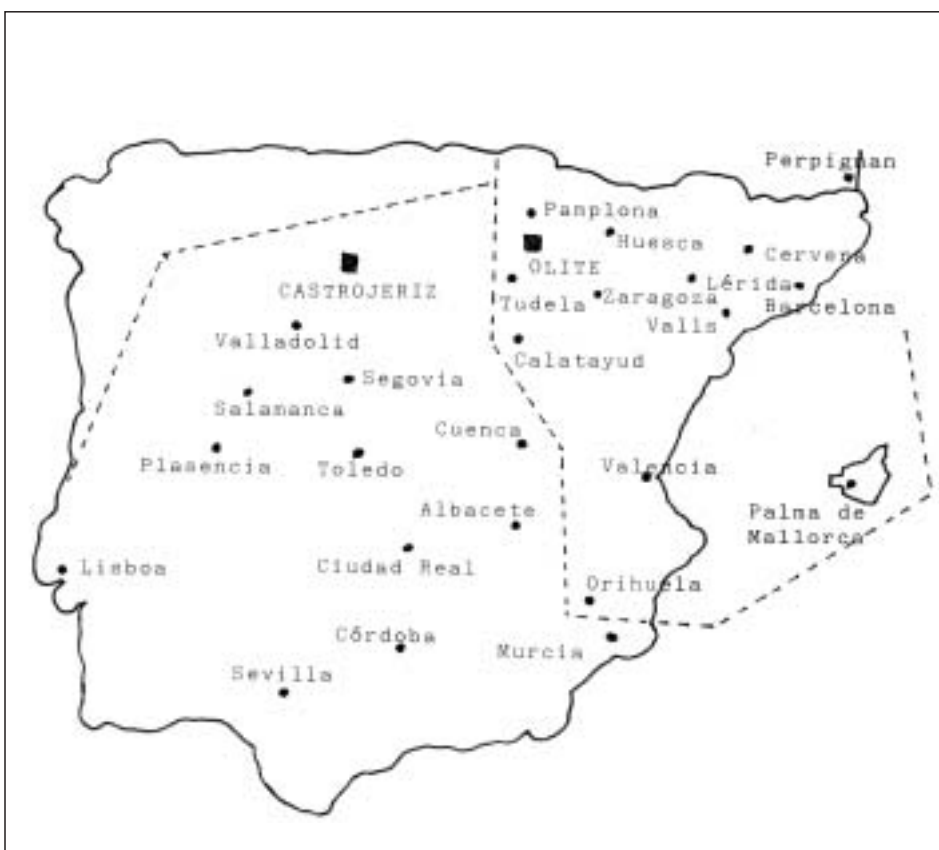


Figura 2. Los antonianos en la península ibérica

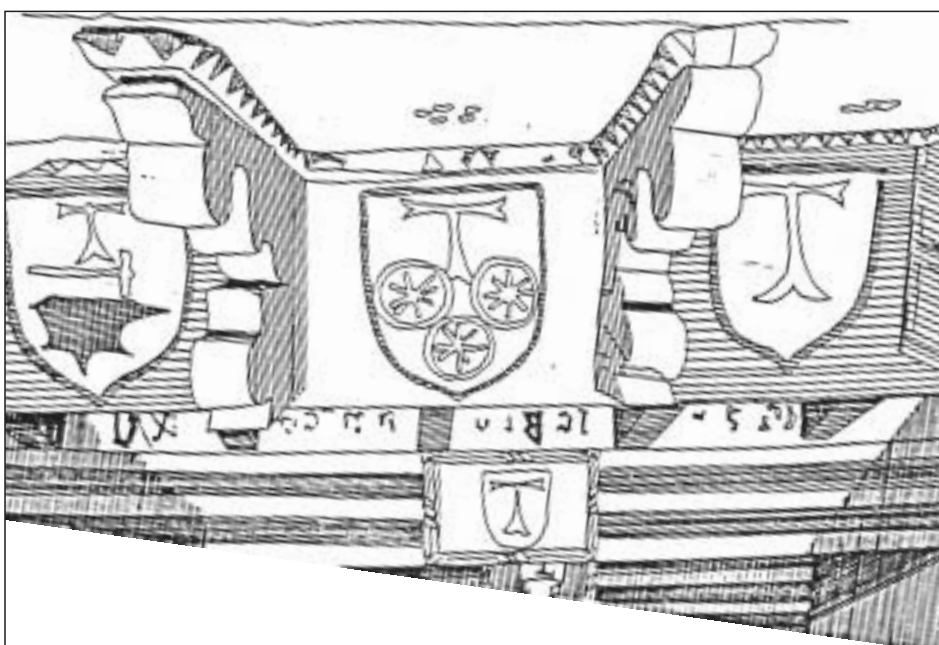


Figura 3. Escudos de taus en la iglesia de San Antonio Abad de Valencia. Dibujo de Alfonso Eslava Castillo

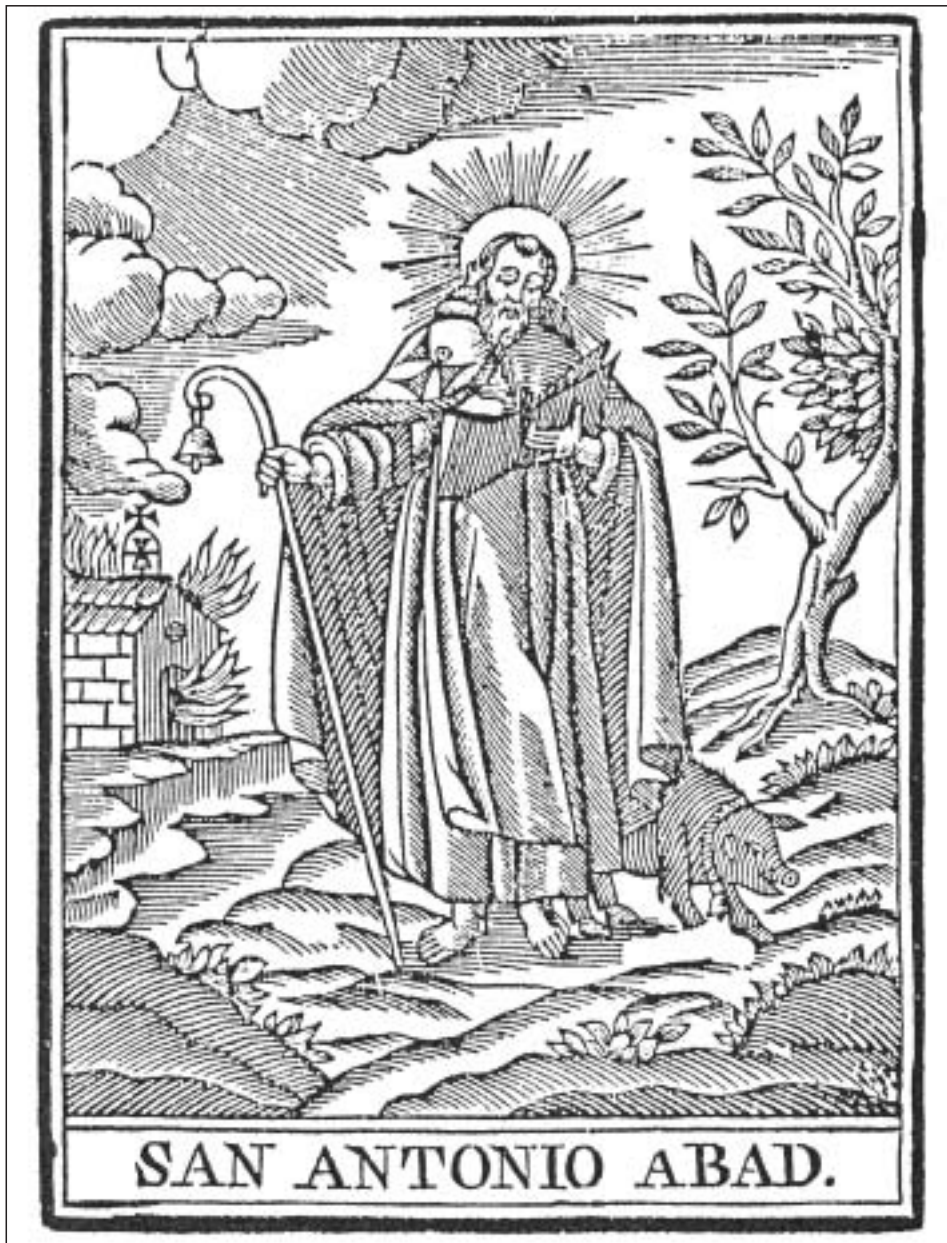


Figura 4. San Antonio Abad rodeado de signos: la tau, el campanillo, el cerdo, el fuego



Figura 5. Cerdo de San Antonio con campanilla al cuello